

no sabía de dónde venía y atravesaba la obscuridad, al azar, silvó á su lado mismo, y la bala fué á dar por cima de su cabeza, á una bacía colgada á la puerta de una barbería.

En 1846 se veía aún en la calle del Contrato Social, en el ángulo de los pilares del Mercado, aquella bacía agujerada.

Aquel tiro de fusil era aún de vida; á partir de aquel instante, ya no encontró nada.

Todo este itinerario parecíase á un descenso por una escalera de gradas sombrías.

Pero no dejó por eso Mario de seguir adelante.

## II

### *París á vista de buho.*

Un ser que hubiese podido cernirse sobre París en aquel momento en alas de murciélago ó de muchuelo, hubiera descubierto un lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que viene á ser como una ciudad dentro de otra atravesando por las calles de San Dionisio y de San Martín, en que se cruzan mil callejuelas, de las cuales habían hecho los insurrectos sus reductos y su plaza de armas, se le habría presentado como un enorme agujero sombrío, abierto en el centro de París.

La mirada se perdía allí en un abismo; y á causa de los faroles rotos y de las ventanas cerradas, allí terminaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento.

La policía invisible del motín, velaba en todas partes, y conservaba el orden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurrección es ocultar los pocos en la gran obscuridad, multiplicando los combatientes con las posibilidades de la lobreguez.

Al caer el día, todas las ventanas con luz habían recibido un balazo que las apagaba, como también alguna vez, la vida del vecino.

Así nada se movía; reinaba sólo el temor, la tristeza, el estupor en las casas, y en las calles una especie de horror sagrado.

Ni siquiera se distinguían las largas filas de ventanas y balcones, ni los cañones de las chimeneas, los tejados, á los vagos reflejos que salen siempre del empedrado lleno de agua y de lodo.

El que hubiera mirado desde lo alto entre aquel conjunto de sombras, habría descubierto quizá aquí y allá, de trecho en trecho, algunos resplandores que permitían ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de extrañas construcciones, algo parecido á luces que fueran y vinieran por entre ruinas; eran las barricadas.

El resto era un lago de obscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, sobre del cual se elevaban las masas inmóviles y lúgubres de la torre de Santiago, de la iglesia de San Merry, y otros dos ó tres edificios, de esos que son gigantes elevados por el hombre, y que la noche trueca en fantasmas.

Alrededor de aquel laberinto desierto y alarmante, en los barrios donde aún no había cesado la circulación, donde aún había algunos faroles, el observador aéreo, habría podido distinguir el centelleo metálico de los sables y ballonetes, el sordo rumor de la artillería, y el latido de los batallones silenciosos, que se aumentaban de minuto en minuto; formidable muralla que se estrechaba y cerraba alrededor del motín.

El barrio de la insurrección no era sino una especie de monstruosa caverna; allí todo parecía dormido ó inmóvil, y como acabamos de decir, cada calle no ofrecía más que una espesa sombra.

Sombra feroz, llena de peligros, de choques desconocidos y temibles; sombra en que era terrible penetrar y espantoso permanecer; donde los que entraban, temblaban ante los que esperaban, y los que esperaban temblaban ante los que venían; combatientes invisibles ocultos en las esquinas; los bocas del sepulcro ocultas en las espesuras de la noche.

Allí no podía esperarse otra claridad que el relámpago de los fusiles, ni otro encuentro que la aparición brusca y rápida de la muerte.

¿Dónde? ¿Cómo? No se sabía; pero era cierto é inevitable.

Allí, en aquel lugar designado para la lucha, el gobierno y la insurrección, la Guardia Nacional y las sociedades populares, el orden y el motín, iban á buscarse á tientas.

Para unos y para otros, la necesidad era la misma.

Salir de allí muertos ó vencedores, esta era la única salida posible.

Situación tan extremada, obscuridad tan poderosa, que los más tímidos se sentían llenos de resolución, y los más atrevidos de terror.

Por lo demás, había por ambas partes igual furia, igual encarnizamiento, igual decisión.

Para los unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para los otros, quedarse era morir, y nadie pensaba en la fuga.

Era preciso que al nacer el día quedase todo terminado, que el triunfo estuviese ya en uno ú otro bando, que la insurrección fuese una revolución ó un chispazo apagado.

El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano.

De ahí nacía la angustia, que se mezclaba con la impenetrable sombra de aquel barrio, donde todo iba á decidirse; de ahí un exceso de ansiedad alrededor de aquel silencio, de donde iba á salir la catástrofe.

No se oía más que un sólo ruido: ruido doloroso como el estertor de la muerte, amenazador como una maldición: el toque á rebato de San Merry.

Nada más glacial, que el clamor de aquella campana perdida y desesperada, lamentándose en las tinieblas.

Como sucede frecuentemente, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con que los hombres iban á hacer; nada se oponía á las armonías de aquel conjunto.

Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes cubrían el horizonte con sus melancólicos pliegues.

Un cielo negro cubría aquellas calles muertas, como si se desplegara un inmenso sudario sobre aquella tumba inmensa.

Mientras se preparaba una batalla política en aquel sitio que había presenciado ya tantos acontecimientos revolucionarios; mientras la juventud, las sociedades secretas, las escuelas en nombre de las teorías y la clase media, en nombre de los intereses, se aproximaban para chocar, para luchar y derribarse; mientras cada uno se apresuraba y evocaba la hora última y decisiva de la crisis, á lo lejos, fuera de aquel barrio fatal, en lo más profundo de las cavidades insondables del viejo París, del París miserable que desaparece bajo el esplendor del París dichoso y opulento, se oía murmurar sordamente la sombría voz del pueblo.

Voz tremenda y sagrada compuesta del bramido de la fiera y de la palabra de Dios, que aterroriza á los débiles y advierte á los sabios, que viene siempre de abajo como el rugido del león, y de lo alto como la voz del trueno.

## III

**El último extremo.**

Mario había llegado á los Mercados.

Allí todo estaba más tranquilo, más obscuro é inmóvil aún que en las calles próximas.

Parecía que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra extendiéndose bajo el cielo.

Sin embargo, por cima de las casas que cerraban la calle de Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubría una claridad rojiza.

Era el reflejo de la antorcha que ardía en la barricada de Corinto.

Mario se dirigió hacia aquel resplandor; siguiéndole, llegó al Marchéaux Poirées, distinguió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores, y entró en ella.

El centinela de los insurrectos que vigilaba al otro lado de la calle, no le vió.

Conocía que estaba ya cerca de lo que andaba buscando, y andaba de puntillas.

Así llegó al recodo del trozo de la calle Mondetour, que era la única comunicación conservada por Enjolrás con el exterior.

En la esquina de la última casa, á la izquierda, adelantó la cabeza y miró en aquel trozo de calle.

Un poco más allá de la esquina que formaba el callejón con la calle de la Chanvrerie, que producía una larga proyección sombría, donde él mismo se había metido, divisó algún resplandor en los adoquines, que era la entrada del figón; una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe, y hombres acurrucados con fusiles entre las rodillas.

Todo eso estaba á diez toesas de él.

Era el interior de la barricada.

Las casas que flanqueaban la callejuela por la derecha, le ocultaban el resto del figón, la gran barricada y la bandera.

Mario no tenía que dar sino un paso.

Entonces el desgraciado joven se sentó en un guarda cantón, cruzó los brazos, y se puso á pensar en su padre.

Pensó en aquel heroico coronel Pontmercy, que había sido tan valiente soldado, que había defendido en tiempos de la república, los fronteras de Francia, y llegado con el emperador á las fronteras del Asia; que había visto á Génova, Alejandría, Milán, Turín, Madrid, Viena, Dresde, Berlín y Moscow; que había dejado, en todos aquellos campos de gloria de Europa, gotas de la misma sangre que él sentía en sus venas; que había envejecido antes de tiempo en la disciplina y el mando; que había vivido con el cinturón abrochado, con las charreteras cayendo sobre el pecho, con la escarapela ennegrecida por la pólvora, con la frente arrugada por el casco, en las barracas, en el campamento, en el vivac, en los hospitales de campaña, y que después de veinte años, había vuelto de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, con el semblante risueño, sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño, habiendo hecho todo lo posible en favor de Francia y nada contra ella.

Pensó que ya le había llegado su día, que había sonado su hora, y que después de su padre, él también iba á ser valiente, intrépido, atrevido; iba á correr el peligro de las balas, á ofrecer su pecho á las bayonetas, á derramar su sangre, á buscar al enemigo, á buscar la muerte; que iba á hacer la guerra á su vez, á bajar al campo de batalla, y que este campo de batalla, á que descendía, era la calle, y que la guerra que iba á hacer, era la guerra civil.

Vió la guerra delante de sí como un precipicio en que iba á caer.

Estremeciése entonces.

Se acordó de aquella espada de su padre, vendida por su abuelo á un prendero, y que él había hechado de menos con tan dolorosa pesadumbre.

Pensó que había hecho muy bien aquella valiente y casta espada huyendo de sus manos, perdiéndose irritada en las tinieblas; que si había huído de esta manera era porque tenía inteligencia y preveía el porvenir; porque presentía el motín, la guerra de las calles, las descargas de los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por la espalda; porque viniendo de Marengo y de Fiedland, no quería ir á la calle de Chanvrerie; porque después de haber hecho lo que había hecho con su padre, no quería servir el hijo para aquello.

Pensó que si aquella espada estuviese allí, que si habiéndola recibido de la cabecera de su difunto padre se hubiera atrevido á empuñarla y á llevarla á aquel combate nocturno, entre franceses, en una encrucijada, de seguro le había de quemar las manos y fulguraría á su vista como la espada del ángel.

Pensó igualmente que era una felicidad no llevarla consigo, y que hubiera desaparecido, porque así era justo; que su abuelo había sido el verdadero guardián de la gloria de su padre, y que era mejor que la espada hubiera sido subastada en almoneda, vendida á un prendero, tirada entre hierro viejo, que empleada en herir á la patria.

Después se puso á llorar amargamente.

Esto era horrible.

Pero ¿qué hacer? Vivir sin Cossette era imposible; y puesto que se había ausentado, era preciso morir.

¿No le había dado su palabra de honor de que moriría?

Ella había partido sabiéndolo así; luego le agradaba que Mario muriera.